

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Biblioteca de Estudios Madrileños
Publicados 35 volúmenes

Itinerarios de Madrid
Publicados 20 volúmenes

Colección Temas Madrileños
Publicados 21 volúmenes

Colección Puerta del Sol
Publicados 3 volúmenes

Clásicos Madrileños
Publicados 9 volúmenes

Colección Plaza de la Villa
Publicados 2 volúmenes

Colección Puerta de Alcalá
Publicados 3 volúmenes

Madrid en sus Diarios
Publicados 5 volúmenes

Conferencias Aula de Cultura
Publicadas más de 600 conferencias

*Anales del Instituto de Estudios
Madrileños*
Publicados 44 volúmenes

Madrid de los Austrias
Publicados 7 volúmenes

Guías Literarias
Publicados 3 volúmenes



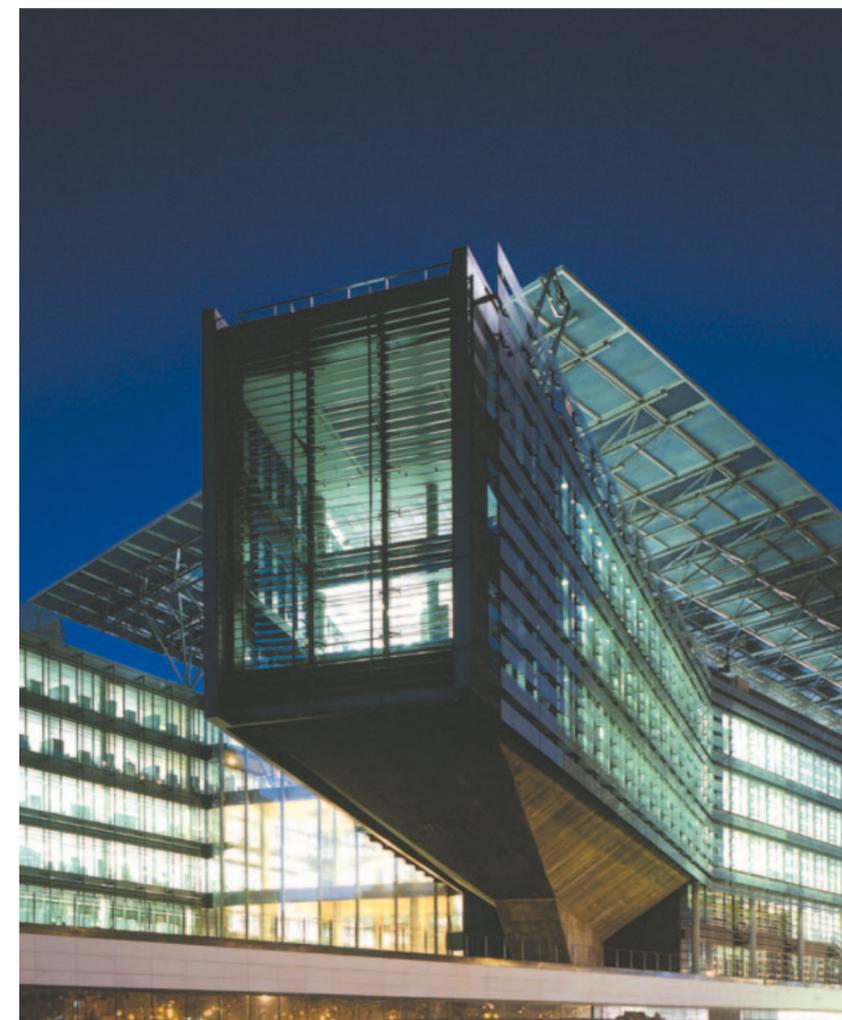
ANALES
DEL
INSTITUTO
DE
ESTUDIOS
MADRILEÑOS

**TOMO
XLIV**

C. S. I. C.
2004
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XLIV



C. S. I. C.
2004
MADRID

El tomo XLIV de los

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

comprende estudios —referidos a Madrid— en los que alternan temas de Historia, Arte, Literatura, Geografía, etc., notas biográficas sobre madrileños ilustres y acontecimientos varios de la vida madrileña.

Portada:

Madrid, asumiendo su condición de gran ciudad, va diseñando de forma acelerada su futuro. Al igual de otras poblaciones como Berlín, Madrid se ha convertido en uno de los referentes a nivel mundial de la moderna arquitectura. Uno de los edificios emblemáticos de las nuevas formas arquitectónicas es la sede madrileña de Endesa, que por cortesía de dicha empresa reproducimos en nuestra portada.

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).
SECRETARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Memoria	
<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	13
Artículos	
<i>Establecimiento del gobierno político, económico y militar de Madrid (1746-1747): procedimiento y documentación</i> , por MANUEL SALAMANCA LÓPEZ	23
<i>Diego Ignacio de Córdoba y el papel de Madrid en el mercado crediticio en la Castilla del siglo XVII</i> , por MÁXIMO DIAGO HERNANDO	59
<i>La necesaria Ley de Capitalidad de Madrid al borde de lo imposible</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	97
<i>Una notable iniciativa del municipio madrileño: Creación de la Inspección Escolar Femenina en el siglo XIX</i> , por M. ^a TERESA LÓPEZ DEL CASTILLO	143
<i>Liberalismo y enseñanza agrícola. La Sociedad Económica Matritense y la red nacional de cátedras de agricultura</i> , por J. LUIS MALDONADO POLO	181
<i>Antecedentes dibujados del Viaducto de Barrón</i> , por ÁNGEL MARTÍNEZ DÍAZ	203
<i>Dibujos para el puente de Segovia de los siglos XVII y XVIII</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ	237
<i>Transformaciones de la plazuela e iglesia de San Ildefonso</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	249
<i>El madrileño palacio del conde de Oñate según un inventario de 1709</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	271

	<u>Págs.</u>
<i>La Hermandad y Hospital de San Antonio de los Portugueses de Madrid</i> , por JUAN IGNACIO PULIDO SERRANO	299
<i>Los Morenos, una familia de plateros madrileños en el Antiguo Régimen</i> , por JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS y PILAR NIEVA SOTO	331
<i>Carlos III y los tapices para el Palacio Real de Madrid: La serie del «Real Dormitorio»</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR	359
<i>Algo más sobre Francisco e Isidoro de Burgos Mantilla</i> , por MERCEDES AGULLÓ Y COBO	391
<i>Madrid y Guadalupe (siglos xv-xix)</i> , por ARTURO ÁLVAREZ ÁLVAREZ	425
<i>El Cristo del Desamparo y Fray Lorenzo de San Nicolás. Encuentros y avatares de una devoción</i> , por FÉLIX DÍAZ MORENO	445
<i>El Madrid immaculista</i> , por M. ^a ISABEL BARBEITO CARNEIRO	471
<i>Memoria ornamental itinerante en Madrid</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	497
<i>Olvidado Kilómetro Cero</i> , por M. ^a CRISTINA ANTÓN BARRERO	545
<i>El Veloz Club</i> , por JUAN JIMÉNEZ MANCHA	555
<i>La Casa de Campo: Algunas breves anotaciones sobre su patrimonio arqueológico y arquitectónico</i> , por PILAR MENA MUÑOZ	569
<i>Segregación del espacio público: Territorio público versus intereses privados. Un análisis de usos en la Casa de Campo de Madrid</i> , por TRAUDE MÜLLAUER-SEICHTER	585
<i>El madrileño barrio de El Rastro en los comienzos del siglo xvii</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	613
<i>El Barrio de los Escritores: La calle del León</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	625
<i>El «Avellaneda», eslabón entre dos Quijotes cervantinos</i> , por JOSÉ BARRROS CAMPOS	639
<i>Una novela rosa madrileña del siglo xviii</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	665
<i>Un Madrid brillante y también ocultista en «Luces de bohemia», de Valle-Inclán: los teósofos</i> , por PEDRO CARRERO ERAS	679
<i>El escritor madrileño Ángel R[odríguez] Chaves en la revista «La Gran Vía»</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN	699
<i>Madrid en la obra literaria de la escritora Ángeles Villarta</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	729

	<u>Págs.</u>
<i>La conquista de Madrid por Leocadio Mejías</i> , por CARMEN MEJÍAS BONILLA	751
<i>Invernaderos de los jardines de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ	769
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (IV)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO	799
<i>Algunos topónimos madrileños de origen celta: «Aravaca, Alcobendas, Carabanchel, Carabaña, Chamberí, Las Vistillas, Vallecas»</i> , por JOAQUÍN CARIDAD ARIAS	821
<i>El arroyo de Butarque: historia de una desaparición</i> , por JUAN AZCÁRATE LUXÁN y PALOMA ARROYO WALDHAUS	831
<i>Los despoblados medievales en el Común de Villa y Tierra de Alcalá</i> , por JOSÉ ANTONIO RANZ YUBERO, JOSÉ RAMÓN LÓPEZ DE LOS MOZOS y MARÍA JESÚS REMARTÍNEZ MAESTRO.....	849
<i>Robos sacrílegos en la provincia de Madrid</i> , por JAIME CASTILLO GONZÁLEZ	879

Notas

<i>Fisonomía del Madrid medieval</i> , por LUIS RAMÓN-LACA MENÉNDEZ DE LUARCA	921
<i>Nuevas pruebas documentales acerca de la autoría de «La torre de los siete jorobados» de Emilio Carrère</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN y ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	929

Centenarios

<i>Centenario del profesor Joaquín de Entrambasaguas (1904-2004)</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	937
<i>Evocación de José Montero Alonso en su centenario</i> , por JOSÉ MONTERO REGUERA	943

Necrológicas

<i>Antonio Quilis (1930-2003)</i> , por MARÍA JOSÉ ALBALÁ	949
<i>Adiós a Fernando Chueca Goitia</i> , por PEDRO NAVASCUÉS	959

Reseñas de libros

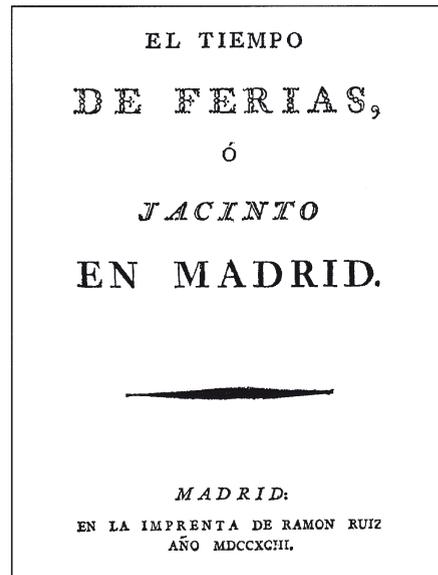
PRIETO BERNABÉ, JOSÉ MANUEL, <i>Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	965
VELASCO BAYÓN, BALBINO, O. Carm., <i>Acercamiento a una institución madrileña. El Monasterio de monjas carmelitas de Ntra. Sra. de las Maravillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	966

UNA NOVELA ROSA MADRILEÑA DEL SIGLO XVIII

Por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO
Catedrático Emérito UNED

Nadie, al parecer, ha visto *El tiempo de ferias* o *Jacinto en Madrid*. Brown, al situarla en 1793, afirma en nota: «(Pal[au]. No se conoce ejemplar)». Poco después se refiere a otra edición de 1801, de la cual según Cejador (VI, 312) tampoco se conoce ejemplar; ignoran su existencia tanto Ferreras como los autores¹ de «La narrativa del siglo XVIII» incluida en la *Historia de la Literatura española del siglo XVIII*, dirigida por V. García de la Concha, y mi buen y sabio amigo G. Carnero: «La novela del siglo XVIII», en *Anales de Literatura Española*, 11 (1995), ni en «El remedio de la melancolía y entretenimiento de náyades», en *Actas del I Congreso internacional sobre novela del siglo XVIII*, Almería, 1998; también es desconocida para J. Álvarez Barrientos, *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Júcar, 1991.

Aguilar Piñal en su excelente *Bibliografía de autores del siglo XVIII*, si bien ignora la existencia del ejemplar V.E. 1423-5 de la B. N. de Madrid describe dos idénticos de la edición de 1793 en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, signaturas M B- 1820/9 y F 1879. Está incluida en el tomo IX (1999), autores anónimos, y lleva el n.º 5989. Nadie, pues, al parecer, la ha leído.



¹ R. F. BROWN, *La novela española, 1700-1850*, Madrid, 1953. Bibliografías de Archivos y Bibliotecas; J. I. FERRERAS, *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1987; F. AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1982-2001, X vols.

Yo he sido más afortunado y he encontrado tres ejemplares —que presento aquí— de *El tiempo / de Férias / o Jacinto / en Madrid /*, en la Imprenta de Ramón Ruiz, año MDCCXCIII, 128 pp., 14 × 9 cms. Se intenta novelar la superioridad moral de la aldea sobre la Corte y, como centro de ésta, *Las ferias de Madrid* en el otoño.

El año 1497 don Juan II de Castilla concedió a Madrid dos ferias anuales: San Mateo (14 de septiembre) y San Miguel (29 de septiembre). A través de los siglos fueron transformándose y cambiando de lugar, o mejor, ampliándose los lugares. De feria de animales y aperos de labranza y hogar pasó a objetos de todo tipo, primero nuevos y luego nuevos y viejos. De objetos útiles se pasó a los de lujo —de ahí el dar ferias— y también libros nuevos y viejos.

Los lugares van de la Plaza del Arrabal a las de Santa Cruz, la Cebada, Santo Domingo, la calle Mayor y la calle de Alcalá. En el siglo XVIII tuvieron mucha aceptación costumbrista: Eugenio Villalba, *Visita de las Férias de Madrid* (1790), *Mis vagatelas a las Férias de Madrid* (1791) y una *Relación de los trastos viejos de las ferias de Madrid*, en el ms M.287 de la Universidad de Oviedo (1811); y fueron objeto de obras teatrales: comedias como *Las ferias de Madrid*, de Lope de Vega, o las de Narciso Serra (1859), entremeses, bailes y mojigangas, artículos de costumbres más o menos interesantes —alguno en verso—².

El prólogo, dirigido *A los jóvenes* (pp. 3-10), es todo un programa educacional y el examen de la importancia de la novela educativa y moral; consta de dos partes, una general en que expone su intencionalidad y valora la novela en sí y otra particular, donde expone la evolución de un protagonista novelesco ideal.

Comienza por caracterizar el valor del libro en general:

Es menester que *un libro divierta*, agrade y recree, pero sobre todo es necesario que *instruya, que enseñe y que corrija* (p. 3),

porque

desgraciado el autor cuyo libro no hace más que divertir; aún más desgraciado aquel cuya obra daña en lugar de aprovechar (p. 4).

Está dirigida a

los sencillos e inocentes... escribe para las almas sensibles, para los corazones virtuosos (pp. 4-5),

porque aunque existen muchas personas virtuosas, debemos preocuparnos de aumentarlas...

a esto se deben dirigir nuestros intentos (p. 5).

² JOSÉ SIMÓN DÍAZ, «Las ferias de Madrid», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1967, tomo II, pp. 249-274.

Tiene, por tanto, una idea pedagógica de la novela. Algo en lo que coincide con don Pedro Montengón: por la intención filosófico-pedagógica de *El Eusebio*, iniciada su publicación siete años antes y a quien cita textualmente junto a otras novelas famosas.

Rita, durante el desarrollo de una fiesta, está retirada en un gabinete y allí la encuentra Jacinto. Para entablar conversación le pregunta qué obra lee; es una novela: *Clarisa* [Harlowe, novela «sentimental», del inglés Samuel Richardson], y se produce el siguiente diálogo:

—¿Os gustan las novelas?

—Algunas.

—Es la lectura favorita de las jóvenes, a mí también me gustan, pero algunos pretenden que son dañosas, sobre todo, para las imaginaciones vivas, pero los corazones sensibles dan ideas muy equívocas del mundo.

—Yo convengo, pero hay algunas que pueden exceptuarse de esta regla. Tales son las novelas morales. ¿Diréis que Eusebio [1786-1788], Adela y Teodoro [1786: de Madame de Genlis] y las Veladas de la Quinta [1788: Madame de Genlis] son dañosas? [...].

—No, a la verdad. Pero... yo no pretendo hacer el crítico... nos debemos alegrar que esta sea la lectura favorita del bello sexo... (Cap. XV, pp. 52-53).

Pero para poder penetrar en este mundo es precisa la *sensibilidad*. Nuestro anónimo autor ha buceado en muy diversos autores cuya

sensibilidad me ha enternecido, su virtud me ha admirado (p. 5),

porque, precisamente, es preciso que aunque

el número de personas virtuosas es mayor que lo que comúnmente se imagina, ... puede aumentarse mucho más: a esto se deben dirigir nuestros intentos (p. 5).

Aquí tenemos, pues, todo un panorama de la Ilustración: la educación y su propagación es la virtud, felicidad y *sensibilidad*.

El autor se conforma con esta exposición teórica general, desciende al esbozo de un breve argumento que será el anticipo del desarrollo de su novela.

La segunda parte del prólogo es la demostración de su teorema fundamental:

oponer... el vicio a la virtud (p. 5),

porque

la virtud puede conducirnos a la felicidad (p. 6),

por eso debemos inducir a nuestros jóvenes virtuosos y sensibles a que busquen solo la virtud, la amen y la estimen (p. 7).

Para ello, el mejor tema es el amor, porque al hombre más virtuoso le hace el más malvado, al más malvado el más virtuoso (p. 8).

Como ejemplificación, esta novela está escrita para enseñar a los jóvenes (p. 9)

que deben huir de los peligros que amenazan su virtud.

En conclusión: la mujer no es la petimetra que acoge el chichisbeo ni al cortejo, no es la pseudo-intelectual que ingresa en las Sociedades de Amigos del País, es la joven pudorosa, culta lectora, que atrae por su bondad. Es la mujer ideal que contrasta en todo momento con la manola y la petimetra, de alto o bajo copete.

Y la figura del joven preanuncia ya la de aquellos campesinos, ciudadanos corrientes y molientes, que viven en el campo, huyendo de los peligros cortesanos, que formarían veinte años después los guerrilleros y garrochistas.

La cultura y la felicidad campesina enraizan al hombre y a la mujer a su terruño y les defenderán hasta el sacrificio vital por su patria y felicidad.

A demostrarlo se aplica en las páginas siguientes, que también están divididas en dos partes, como el prólogo; los quince primeros capítulos son la muestra inicial del comienzo de la depravación de un joven infeliz, descañado por las malas compañías y transplantado a la Corte. Los catorce últimos, la demostración de que *omnia vincit amor* y la educación juicio-sa y sentimental. Por lo cual se resucita un viejo tema: la superioridad del campo sobre la ciudad y un nuevo aspecto que se inicia ahora, aunque tiene remotos antecedentes, y que se desarrollará durante la época romántica: el costumbrismo.

Veamos, pues, el desarrollo de la novelita:

Don Simón, padre de Jacinto, había servido con honor en el ejército, se casó con noble y honesta mujer, se retiró del servicio para vivir junto a sus vasallos y favorecerles. Don Simón puso un sabio preceptor a su hijo Jacinto, que aceptó generosamente las enseñanzas, haciéndose un joven culto; pero cuando Jacinto tenía dieciocho años, murió don Simón, que se sentía:

seguro de que el Ente Supremo³, que cuida de todas las criaturas, no abandonaría a Jacinto.

³ Ente supremo: tanto Cadalso, como González de Carvajal, como Jovellanos hablan del Ser Supremo (cfr. FERNÁN CABALLERO, *La Gaviota*, Parte II, Cap. IV, y P. A. DE ALARCÓN, *El som-*

Jacinto, educado en la aldea, conoce a Enrique, amante de «los placeres, la disipación y el juego», y al pasar a la ciudad, acompañado de su ayo, aquél con su hipocresía influye de tal manera en Jacinto que despidе a su ayo.

En la ciudad es bien recibido en todo lugar y ocasión; se hizo popular, el ambiente provinciano les atosiga y se van a la Corte, bien provistos de bolsa gracias a un prestamista que le facilita y recomienda Enrique.

Se trasladan a Madrid a principios de otoño, alquilan una casa amueblada y, guiado por Enrique, vive como paseante en Corte, donde aprende modales, costumbres, a vivir a la moda, a «tener maneras» y se envicia en

el juego, el bayle, el teatro, las visitas, los banquetes.

Jacinto olvida los consejos y lecciones paternas y de su ayo: los usureiros hacen su agosto gracias a la sangría que operan sus conmlitones.

Su ideal de vida es el de un petimetre:

Jacinto pasaba la mañana, parte en el tocador peynándose, vistiéndose, adonizándose, parte en el estrado disputando sobre vagatelas, diciendo graciosas niñerías, contando algunas noticias del día, haciendo reir con algunos chistes. Al medio día iba a la Puerta del Sol. Esto era indefectible. Siempre había algún traje nuevo con que lucirlo, y llamar la atención. Atravesaba por en medio de los corrillos que allí se forman, miraba los carteles de la Ópera, de la Comedia, pasaba rápidamente la vista por la multitud, se ponía en el mejor parage para ser visto, se juntaba con algunos conocidos, decía quatro chanzas, y a las dos se retiraba precipitadamente á comer.

¿A su casa? ... No: unas veces, a la Fonda con quatro aduladores, que le pagaban su garvosidad, con obsequiarle, alabarle, aplaudirle por delante, murmurar y reirse de él por detrás; otras, a casa de algunos jóvenes tan ricos, y tan gastadores como él. La comida duraba hasta bien tarde. Se levantaban de la mesa para jugar un rato, en tanto que se disponía el ir a la Comedia, a la Ópera, al bayle, o a la Feria (Cap. VI, pp. 28-29).

En estos quehaceres se distrae alguna vez en la Feria, cuya descripción breve nos inicia en el costumbrismo posterior:

Ahora que viene a propósito, digamos algo de la Feria, para que la obra corresponda con su título; no hay mucho que decir de ella, apenas habrá para formar un capítulo muy breve.

Montones de trastos viejos acinados en las calles, en las Plazuelas, en los portales; libros antiguos, escapados de los caramanchones, o sacados de las Bibliotecas de los ratones, roídos por éstos, y carcomidos de la polilla o del polvo: muñecas, títeres y monuelos en las Covachuelas; pucheros,

brero de tres picos, Cap. IV): Dios, llamado entonces Ser Supremo por Jovellanos y toda la escuela afrancesada de nuestro país.

platos, ruedos, espeteras, sillas bastas con asientos de madera, tiendezuelas con cintas de mil colores, espejuelos, cofias, espetones, y peynes; puestos de frutas, de dulces y confites; gritería infernal por todas partes, confusión, apretura, locura, y alboroto en la Plazuela de la Cebada, centro de la Feria, y reunión del concurso; he aquí en pocas palabras la pintura de la Feria (Cap. VII, pp. 30-31).

Como es el paseo de moda:

Está estos días en la Plazuela de la Cebada; nadie va al Prado: a la tarde los coches forman dos filas en la calle de Toledo, y atraviesan la Feria; a la noche las Señoras van a pie luciendo su ayroso talle.

El concurso es muy grande, mucha apretura a la entrada y a la salida, no menos en el centro (Cap. VIII, pp. 32-34).

Durante siglos se exponían ora en la Plaza de la Cebada, ora por la calle de Alcalá, toda clase de objetos desde libros y loza hasta utensilios caseros y muebles, nuevos y viejos, modernamente ha sido sustituido por El Rastro.

Tiempo de paseo y curiosidad, de encuentros fortuitos y concertados que dieron lugar a mil peripecias y aventurillas que con frecuencia fueron literaturizadas: recuérdese, por ejemplo, *Las ferias de Madrid*, de Lope de Vega, en el siglo XVII, y *Las Ferias de Madrid*, del gallego Antonio Neira de Mosquera⁴.

No es que Enrique sea aprovechado y mal amigo, es que, asegura el autor, es malo por carácter, perverso por sistema,

mientras Jacinto triunfa:

se distinguía, tanto por el gusto y la mocedad de sus vestidos y equipages, como por sus riquezas. Los petimetres le miraban como modelo, y las señoras le obsequiaban a porfía.

Iba de acá para allá... loqueando, «disfrutando todas las conversaciones, sin fixarse en ninguna».

Todo es felicidad... aparente... Porque en realidad de verdad le critican los petimetres; se le recibe en casa de la Condesa Hortensia, lugar de charla, juego, cante y baile, pero se burlan de él porque

tiene ayre de hombre de Provincia

es un bestia, solo tiene figura y riqueza. Las mujeres son más benignas y alguna le acoge para dar celos a otro cortejo.

⁴ Cfr. SIMÓN DÍAZ, art. cit.

No es tan necio Jacinto que no se dé cuenta del juego y burla, junto a la dama

paseó... jugó, bayló, oyó cantar y se mezcló en las mejores conversaciones,

todos le rodean, miman y admiran; pierde su timidez y una dama, Adelaida, le cree presa fácil y que puede conquistarlo.

Viendo la ironía de los amigos, los estudia, va superándose, los señores le miman y cortejan, pero

Jacinto era sensible

y se encontraba sin ese «dulce sentimiento del corazón» que es el amor.

Tal vez alguna coqueta le suscita un tema de discusión:

Si las cintas de una Mahonesa⁵ hacen mejor cara siendo de color azucena que de color rosa.

Durante la discusión ocurre una «tragedia»,

se le deshizo el lazo de su corbata, y sus puntas que, según la moda, debían caer no más que hasta ocho dedos debaxo de la barbilla, es decir, al medio del pecho

le ruboriza y obliga a trasladarse a un próximo gabinete:

Nadie advirtió que los lazos de la corbata de Jacinto se habían deshecho. Todos atendían a la importante cuestión que entonces se agitaba. Jacinto se retiró sin ser visto a un Gabinete solitario a arreglarla delante del espejo. Al entrar advirtió una señorita que sentada al lado de una mesa alumbrada por dos bugías leía atentamente: su aptitud, su figura, su trage, llamó su atención, su vestido era modesto, sencillo, y al mismo tiempo gracioso, un pañuelito de gasa cercado de algunas cintas, era el único adorno de su cabeza, pero estaba tan bien colocado, que agradaba mejor que el más costoso bonetillo, o el más brillante plumage. Tenía un vestido blanco guardado de gasas, color de rosa, y de una ligera orla de flores bordadas.

Jacinto se acercó poco a poco, y estuvo un rato parado en lo obscuro contemplando a la joven lectora; la luz que la hería de lleno, dexaba distinguir bien las perfecciones de su rostro y de su cuerpo; su cara era perfectamente redonda, su talle delgado, su brazo bellamente torneado, su color era el de la rosa, su sonrisa la de la inocencia y el candor. Tenía los ojos grandes, negros, vivos y expresivos, los dientes de la blancura del marfil, el cuello terso e igual como el alabastro. Las gracias habían animado esta bella figura, la modestia, el pudor, las demás virtudes, habían perfec-

⁵ Mahonesa: por el contexto, parece una prenda de vestir, pero no aparece ni en los diccionarios de finales del siglo XVIII ni de comienzos del siglo XIX. Tampoco en los modernos y ni aún en el Inventario o fichero de la Real Academia Española.

cionado la obra. Todo había contribuido a hacer de Rita [este es el nombre de la dama] una muger perfecta, una criatura excelente (Cap. XV, pp. 50-51).

Se turban ambos, conversan sobre su lectura, se produce un flechazo ya que:

Rita parecía una de las deidades fabulosas de la antigua Mitología. Un Poeta hubiera creído que era la casta Diana, Diosa de los montes y las selvas, sus ojos tiernos y expresivos, fixos sobre Jacinto pintaban el Amor, el temor agitaba blandamente su seno, sus mexillas estaban cubiertas del más subido carmín, precioso efecto del rubor. La decencia, la dignidad, la magestad de su presencia, de su figura, la hacían parecer el retrato, la imagen de todas las virtudes. La inocencia, el candor, la modestia, brillaban en toda ella. ¡Se la podría ver sin amarla, sin admirarla, sin sentir una dulce comoción, una secreta inclinación ácia las virtudes, que eran las gracias que más la hermoseaban, que la hacían más ineresante! (Cap. XVI, p. 55).

y, como consecuencia, surge la primera cita puesto que la vio y la amó; ambos sueñan. Rita:

él me hará dichosa, yo le haré dichoso. Seremos exemplo de una unión afortunada (...) no debo ocultarle mi pasión, debo corresponderle.

Mientras Jacinto quiere apartarse de las asechanzas que traman Adelaida y Enrique para

dominarle y sujetarle cuando le viesen enamorarse, hacerse dueños de sus riquezas, despreciarle y olvidarle luego,

pero se resisten y se van, nuevos detalles costumbristas, en un virlocho que se eleva al nivel de los balcones⁶

y se van al Prado:

La mañana estaba deliciosa; el sol comenzaba a salir, doraba las puntas de los árboles, las cimas de los montes; se respiraba un fresco suave

⁶ «Vivía yo en un cuarto bajo de la calle del Ave María que me ayudaba a pagar Desiderio. Un día paró un *simón* [medio ciudadano de transporte] a la puerta de la casa, en el que venía él... esperaba el coche en la calle, porque lo había tomado por horas... [buscan a Desiderio los acreedores] y Desiderio apuradísimo, no vio más escape que el balcón... [que era bajo] tuvo la suerte de que el *simón* estuviese parado bajo él; montó en el pescante, fustigó al pura sangre y el coche voló calle Ave María abajo». CIRO BAYO, *Orfeo en el infierno*, Madrid, 1912, II Parte, Cap. VII: «La visita de Friné», pp. 153-154.

En 1791 y en 1912 seguían conservándose los coches altos y los balcones bajos, prodigio de la tradición.

que recreaba. Los objetos parecían nuevos, la soledad, el silencio, aumentaban el placer, se veía por todas partes extendida una cierta alegría y contento que parecía comunicarse hasta las cosas inanimadas. Se creería que las flores, que las plantas, se sonreían y se hacían como sensibles al placer (Cap. XX, p. 73).

En la consiguiente conversación surge esta curiosa afirmación de Adela:

Es una cosa lo más gótica y grosera que pueda imaginarse hablar mucho tiempo de una cosa.

Y hay algunas opiniones críticas sobre la extensión de un capítulo:

¿Por qué no reducen como algunos extranjeros un capítulo a solo dos líneas, un folio de dos, toda una Biblioteca a un tomo en octavo? Qué elogios no merecería el que nos diese el espíritu de la Enciclopedia reducido al corto espacio de nuestros pericones⁷, se entiende, las materias literarias al reverso.

La descripción de un gabinete (pp. 84-85) con opiniones comparativas del pasado y el presente son un modelo estilístico de enumeración caótica, de los cotilleos propios de un típico almuerzo en el cual observamos la estúpida fugacidad de la moda y la intrascendencia de las opiniones. Son una muestra de costumbrismo satírico, no sólo por las opiniones, sino también porque caracterizan perfectamente a los hablantes.

Hablemos de moda —dixo Enrique—. Y qué hay que decir, respondió Ágata. Nada hay de nuevo, todo envejece, hace un mes lo menos que no hemos mudado de modas: que no ha sucedido alguna novedad de importancia. No hay de qué hablar, es una secatura, mi modista hace ocho días que no viene; la última moda que me traxo era la más graciosa, me iba *excelentemente bien*: mi Peluquero hace dos meses que estudia un nuevo prendido: será un *Gefe de obra*. —A propósito de Peluqueros, dixo Enrique: el Barón de... ha perdido enteramente su reputación, aunque era de las más

⁷ «La gran moda de los Pericones estuvo en su fuerte el verano pasado, no se veía otra cosa en la Feria que grandes abanicos de a bara: muchas Aldeanas lo lucieron maravillosamente: sacaron los costosos abanicos de sus visabuelos, y se hallaron a la moda; los Mercaderes, no fueron a buscarlos a los almacenes extranjeros, los encargaron a los lugares, se abrieron los arcones, los escaparates de marfil y évano, y hubo abundante provisión. La moda ha decaído algún tanto: ya está moderada. Espero ver muy pocos Pericones en las Ferias; pero para instrucción de las Señoras no puedo menos de advertir que un petimetre residente en Inglaterra escribe a uno de Madrid que es moda entre las Señoras Inglesas, llevar colgando de la muñeca un gran Pericón verde de a bara, que les sirve para resguardarse del Sol».

acreditadas. Se atrevió a presentarse en el bayle de la Victoria con un peynado que hace un mes no se usa. Sus vestidos eran del mejor gusto, el talle alto y bien estrecho, el chaleco corto, los calzones larguísimos, las medias de manchas de mil colores, solapas grandes, pañuelo al cuello con un lazo bordado de tres colores, estaba hecho un Adonis, un Narciso, un petimetre: se riyeron, se mofaron, le aburrieron con chanzas irónicas, con equívocos, se retiró avergonzado; no se ha atrevido a presentarse. —¡Qué estilo tan pesado! Reprehendéis a los demás, reprehenderos a vos mismo. Encerrad en dos palabras un concepto, y pintar a un hombre en una... Hablad por epígrafes. Variar a cada instante — La Feria encanta — El verano me mata — Las noches son excelentes — La Plazuela de la Cebada es un cúmulo de diversiones — Es la cosa más agradable — Gritos de una parte. Cumplimientos de la otra, alegría, alboroto en todas: objetos nuevos: muebles extravagantes: confusión agradable, chiste, gracejo, chanza. ¡Qué placer! ¡Qué delicia! ... La Comedia me fastidia. La Ópera me encanta, el bayle me arrebató (pp. 86-87).

Jacinto se encuentra, en términos actuales, deprimido, en la realidad de 1793 tiene «spleen». se lo cuenta a Enrique y no acepta salir con él, pero intima con Theodora, amiga de Rita, quien contribuye con sus consejos al proceso de enamoramiento; y aún más procuraba

apartarle del vicio, inclinarle a la virtud..., sus conversaciones respiraban el sentimiento tierno y delicioso de la virtud, se hablaban con libertad, con ingenuidad, no se ocultaban nada, se descubrían libremente su corazón, porque era puro y recto: solo el malvado sabe los rodeos el embuste, de la astucia, y del engaño.

Rita no ocultaba a Jacinto que le amaba, porque le veía digno de su amor (p. 113).

El capítulo XXVII es largo, expone el proceso de conocimiento de Rita y Jacinto, que contrasta con la perfidia de Adelaida y Enrique, quien incluso quiere cohechar a Theodora, virtuosa amiga de Rita; Jacinto se indigna, rompe con Enrique y como consecuencia, desde entonces

fué infeliz... desgraciado, aborrecido de todos los que le conocían, odiado de todas las personas honradas.

Se llega así al clímax. Theodora y Rita consuelan a Jacinto de esta ruptura; Rita consigue el permiso paterno, se casan, huyen de la ciudad:

Huyamos, dixo Jacinto, del tumulto de la corrupción de la Corte; dexemos las grandes poblaciones a los ambiciosos, a los amantes del lujo y de los placeres, busquemos en el campo, en las aldeas de la virtud, la sencillez, la inocencia, allí está la felicidad, allí se disfruta de la naturaleza y de sus ricos dones, allí nos ofrece los placeres que niega al ciudadano, y al inquieto habitante de la Corte (...).

Jacinto condujo a Rita a los pies del altar, para ratificar solemnemente el juramento que su corazón había hecho desde el primer instante que la vio, le acompañaban su padre, Teodora y sus parientes, le seguían sus vasallos. El gozo, la alegría, brillaba en el rostro de todos (...).

En el instante en que Jacinto daba la mano a Rita, sus ojos se volvieron hacia un lado de la Iglesia, advirtió un sencillo monumento que la gratitud, el amor de sus vasallos, no la adulación, habían erigido a su Padre sobre el sepulcro. No pudo detener sus lágrimas. Le pareció que le veía (...).

En lugar de costosos equipages, compró un número considerable de todo género de instrumentos de labor que regaló a sus vasallos. No se sirvieron en sus mesas aquellos platos exquisitos y costosos, aquellos manjares delicados que excitan la gula y alteran la salud de los convidados. La comida fue frugal, sencilla, y sobre todo abundante. Las puertas del Palacio estuvieron aquellos días abiertas para todos. Los patios, las galerías estaban llenas de grandes mesas, donde se servía de comer a todo el que se presentaba.

La conclusión definitiva es la exaltación de la bondad natural de la aldea, típico concepto fisiocrático:

La vida de Jacinto correspondió a tan buenos deseos, fue toda una cadena de beneficios. La pasó ocupado en llenar las importantes obligaciones de ciudadano y de padre de familias: como a tal dio a sus hijos la mejor educación, fue el bienhechor de sus Pueblos. En esta vida quieta y retirada disfrutó más felicidad más contento que en medio de los tumultuosos placeres de la Corte.

Hemos afirmado que era una novela rosa y llegamos a concluir que es, además, una novela de tesis: exaltación de la vida en la aldea. Resulta, pues, que el vicio está en la ciudad, la virtud en el campo, tema eterno que ya cantó Horacio en el *Beatus Ille* y parafrasearon Fray Antonio de Guevara y Fray Luis de León. ¿Estamos en el Renacimiento? No.

El sentimentalismo de alguno de nuestros mejores poetas —Meléndez, Iglesias de la Casa— nos muestran el camino temático: ellos en poesía *El Zurguén* y el campo salmantino, nuestro anónimo autor en una indeterminada aldea. Pero es que, además, entramos en el dominio de la comedia sentimental: la exaltación de la bondad y de la consiguiente felicidad filantrópica.

Lope de Vega, en *El desdichado por la honra* (1624), comenta al hacer sus pinitos novelescos:

yo he pensado que tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias.

y cuando el Sr. González de Amezúa bautiza la novela corta del siglo XVII como *novela cortesana*, en el sentido de *urbana*, establece unos cuantos principios paralelos, o extraídos, de la *comedia de capa y espada*.

Protagonistas: dama y galán.
 Ayudantes: criado, criada y dueña.
 Ambiente: urbano.
 Finalidad: divertir.

Pues bien, en 1983 afirma Guillermo Carnero, poeta de gran sensibilidad y crítico muy juicioso y sabio:

Los ingredientes de Novela Sentimental no son sustancialmente distintos de la Comedia sentimental,

de la cual establece estas condiciones:

Protagonistas: burgueses o populares (Rita-Jacinto).
 Ayudante: Theodora.
 Antagonistas: Enrique y Adela.
 Finalidad: ser buenos, virtuosos y benéficos.
 Ambiente: urbano (maléfico)⁸.

Observemos que todos los males parecen proceder de la ciudad y que, por contra, el amor a la Naturaleza —descripción del amanecer en el Prado (p. 73)— y a sus vasallos:

compró un número considerable de instrumentos de labor que regaló a sus vasallos

dan lugar a la felicidad.

Dos épocas —siglo XVII y finales del siglo XVIII—; dos tipos de teatro: comedia de capa y espada y comedia sentimental; dos evoluciones paralelas y dos realizaciones artísticas similares; dos finalidades: artística la una, docente la otra. Queda en el aire una pregunta: ¿cuál es la más literaria?

Estilísticamente, hay una variación curiosa: una cosa son los aspectos costumbristas —escuetos, expresivos, rápidos, lacónicos (p. 87)— y otra la narración novelesca. Pero aun así, las formas expresivas no están tan alejadas, pues la brevedad de la obra no permite ni las digresiones ni la amplitud excesiva.

Los personajes están equilibrados: se dividen en buenos (Theodora-Rita) y malos (Adelaida-Enrique) y otros dos corales: bueno (la aldea) y malo (la ciudad). Hay, por tanto, un maniqueísmo primario:

⁸ G. CARNERO, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 119 y 45.

al estado natural se adscriben la emoción y los sentimientos como motivaciones de la conducta, mientras que el estado social se rige por las convenciones y el interés⁹.

Pero en la culminación novelesca observamos la exaltación de la *sensibilidad*: las lágrimas, Enrique se emociona al observar la devoción de sus vasallos para con su padre —durante la ceremonia nupcial—:

No pudo detener las lágrimas.

RESUMEN: El artículo estudia la novela rosa anónima madrileña de finales del XVIII, *El tiempo de ferias o Jacinto en Madrid*, no descrita hasta la fecha. Educativa y moral, narra el traslado de un joven a la Corte. Su conclusión es la exaltación de la bondad de la aldea, típico concepto fisiocrático. Se analizan sus conexiones estilísticas con las comedias de capa y espada y las comedias sentimentales (siglos XVII y XVIII).

ABSTRACT: The article study by the first time the sentimental novel of 18th Century, *El tiempo de ferias o Jacinto en Madrid*, and this relation with the comedies of 17th and 18th Centuries.

PALABRAS CLAVE: Madrid. Novela rosa. Texto anónimo. *El tiempo de ferias o Jacinto en Madrid*. Siglo XVIII.

KEY WORDS: Madrid. 18th Century sentimental anonymous novel. *El tiempo de ferias o Jacinto en Madrid*.

⁹ CARNERO, *ob. cit.*, p. 46.